

Lección XX

De la refutación. Peroración. Epílogo. Y conclusión

La refutación es el complemento de la parte de prueba. No basta dar razones que concluyan y arrastren; es necesario además, no dejar en pie ninguna de las de nuestro adversario, a quien debe procurarse llevar a la más completa derrota. Cuídese de no pecar en esta parte, ni por defecto, ni por exceso. Sucede lo primero, cuando no se procura responder a todas las observaciones hechas por el antagonista, que merecen por su importancia ser rebatidas; y sucede lo segundo, cuando se intenta rebatir con tanta minuciosidad, que se desciende a pequeñeces que no valían la pena de tomarse en consideración, con lo que se desentona y desvirtúa toda defensa.

Cuando nos contentamos con exponer razones en apoyo de la opinión que sostenemos; con rodear nuestra defensa de principios y demostraciones, que se insinúen poderosamente en el ánimo de los jueces, éstos ven por una y por otra parte, méritos, esfuerzos y elementos de convicción; los miden en su criterio ilustrado é imparcial, y en este trabajo lento y difícil, todavía pueden permanecer dudosos. Los espectadores a su vez, dicen para sí: -“Los dos han hablado bien; los dos han demostrado su idea, y ambos parece que tienen razón”. -Pero la refutación dispersa las dudas, fija el juicio seguro, y destruye todas las perplejidades. Es necesario, pues, con una mano edificar, y con la otra destruir.

Si no se ha hecho más que argumentar, los argumentos de una y otra parte quedan como colocados en balanza; se recuerdan con igual exactitud y con igual fuerza: el entendimiento permanece indeciso, y la voluntad perpleja. Falta un procedimiento fatigoso para salir de la incertidumbre, que es el del examen y de la crítica; y no todos están dispuestos a hacerlo, porque generalmente somos perezosos é irreflexivos. Mas todas estas tinieblas se disipan, cuando el orador se anticipa, coge por la mano, por decirlo así a los jueces y al auditorio, les va presentando uno por uno todos los argumentos de que se valió su adversario, les va mostrando su flaqueza, y revelándoles el secreto de su insignificancia. Entonces no hay más que abrir los ojos para ver la luz que brota a torrentes de la palabra del abogado; no hay más que escuchar y decidir; que oír y comparar; seguir al guía que nos enseña el camino, y al mismo tiempo nos lo allana. La operación es rápida y fácil, y el triunfo del orador instantáneo y completo.

Mientras el entendimiento duda, permanece como el fiel, llamado por dos pesos iguales, que cede alternativamente a todos los movimientos y a todos los accidentes, que oscila sin cesar, y que no acierta a fijarse. Pero en el instante en que la refutación se deja oír, desaparecen estas alternativas; una fuerza nueva viene a resolver en las leyes del equilibrio, y el fiel cae sin vacilación y sin demora, del lado en que se ha puesto este nuevo peso, tan inesperado y decisivo.

Toda la dificultad de la refutación está en que sea completa é ingeniosa. Completa, para que no quede ningún punto por cubrir, ninguna fuerza enemiga por combatir y arrollar; ingeniosa, para presentar los argumentos de nuestro competidor, del modo más ventajoso a nuestro designio, por el lado que pueden recibir más fuerte y más serio ataque. Todas las ideas son, por decirlo así, elásticas y entendimiento que las crea, que las mide y que las calcula, puede fácilmente dilatarlas o comprimirlas, darles varios giros, y hacerles presentar la superficie que más le acomoda en sus sagaces combinaciones y en sus inagotables recursos. Cuando la idea en sí misma, por su figura tersa y redonda, si nos es lícito expresarnos de este modo, no da lugar a estos ensanches, entonces se la mira por el lado de las consecuencias que admite, y se ataca el resultado, ya que no se puede atacar el precedente. De todos modos hay ataque, y ataque que cuando no da la victoria al que lo ensaya, produce, por lo menos, el enflaquecimiento y parcial derrota en las fuerzas de su contrario. Llevados de este designio, deberemos procurar ofrecer siempre en las ideas que combatimos, el lado que más se preste a la refutación de raciocinio, y a la refutación de pasión. Por el primer camino hablaremos a los espíritus, los convenceremos y subyugaremos con las armas de la lógica; por el segundo, completaremos la obra dirigiéndonos al corazón y a las imaginaciones, dispuestas ya por el eco de la convicción profunda y arraigada. En esto último, hay todavía otra ventaja más notable. Como a seguida de la refutación viene la parte patética, todo lo que la haya preparado, es bien recibido, y produce un efecto agradable, como lo produce en la música la ejecución de un prelude que dispone al oído y a los efectos para las grandes armonías que debemos escuchar después.

¿Mas cuál deberá ser el lenguaje que se use en la refutación? El lenguaje debe corresponder siempre a las impresiones que le preceden, y al tono que éstas hayan podido dar al alma en sus movimientos y flexibilidad. En la parte de demostración, el discurso corre sereno como la barca que camina con la corriente mansa de un río, sin agitación y sin choques. El calor parecería inoportuno, porque nada lo excita y nada puede justificarlo. El orador se parece al ejército que en un vistoso simulacro ostenta su superioridad y poder, en la habilidad y destreza de sus combinadas evoluciones.

Pero en la refutación todo varía. La barca se ha convertido en un buque de lucha con el furor del océano, y cuyo piloto necesita gobernar el timón con mano fuerte y segura. El simulacro ha venido a ser la batalla encarnizada, en que el que acomete, procura destruir las falanges de un enemigo que consumió todas sus municiones, y que le espera a pie firme, confiado en que no podrá romper sus filas. En la refutación, por lo tanto, puede y debe haber más calor, un lenguaje más elevado, movimientos y arranques que no permite el carácter tranquilo de la parte de prueba. La oposición enardece; y natural es siempre que el hombre responda a ella con más pasión y con más vehemencia. Si esta vehemencia sería un defecto en la línea reflexiva y templada de la demostración, otro defecto sería la calma y la impasibilidad en la línea acalorada y ardiente de una respuesta en el acto provocada. Cada parte del discurso tiene su regla, su medida y su nivel.

¿Pero qué método será de más efecto en la refutación? Esto depende de las circunstancias. Hay ocasiones en que conviene ir intercalando en la serie de nuestras observaciones, los argumentos contrarios, y rebatiéndolos al propio tiempo. Esto equivale a ir marchando rápidamente y arrojando a la vez a gran distancia las piedras que nos dificultaban el paso. Otras veces es preferible dejar intactos los racionios opuestos, para la refutación; y cuando ésta llega, presentarlos en línea, é irlos pulverizando uno por uno, hasta dejarlos desvanecidos todos. El primer medio suele tener más gracia, y siempre prueba gran facilidad y comprensión: el segundo da una idea más acabada, produce una convicción más profunda, y lleva a una victoria más decisiva.

El que habla antes, no puede refutar; y tiene que pasar por la mortificación de verse refutado. Su deber y su amor propio le obligan a lanzarse en el campo de las conjeturas, a calcular los argumentos de que podrá valerse su contrario, y a darles anticipadamente la contestación que más podrá desvirtuarlos. Esta táctica es muy provechosa, porque desarma al adversario antes de que empiece a batirse. Pero es casi imposible que pueda preverse todo lo que formará después el discurso de nuestro antagonista. Las esferas de la inteligencia son ilimitadas, y nadie las mide con ojo exacto y con ajustado compás las cuestiones varían, a cada paso, de fisonomía y de formas, y no se puede decir antes que se formulen en boca del orador, con qué semblante y en qué actitud aparecerán en el debate. Por esta razón, por más que el abogado que habla primero, se afane en explorar los rumbos que seguirá su contrario, no podrá nunca imaginarlos todos, y se encontrará sorprendido por racionios incalculados, y aun incalculables en la fecundidad del talento, y en la rica mina de sus creaciones. He aquí la gran ventaja del último que usa de la palabra; he aquí también un inconveniente a

que nuestras prácticas y nuestros reglamentos debían acudir. Como ya no se permite hablar al que primero ha hablado, sino para rectificar hechos después que ha concluido su contrario, sucede frecuentemente que éste ha desvirtuado las cuestiones, con estudio y con designio, que ha sembrado su defensa de inexactitud en la esfera de la ciencia y de la polémica; y en vez de una voz enérgica que las combatiera, sólo sucede un silencio profundo y respetuoso, a la palabra *visto*. Los ecos que entonces quedan dilatándose por el espacio, son ecos inseguros y falaces; y sin embargo, parece que se les respeta, y que el auditorio todavía se detiene un instante para escuchar cómo entonan su himno de triunfo. Convendría, por esta razón, permitir una réplica por cada parte, con lo que las cuestiones y las ideas se aclararían y fijarían del modo más terminante; pues si el tiempo tiene su precio, la verdad y la justicia tienen sus derechos de más valor é interés que el tiempo mismo.

PERORACIÓN

La primera cuestión que se presenta es, si la peroración debe tener lugar en las defensas de las causas. Los que lo niegan, alegan a favor de su opinión, razones que creen incontestables.

El juez, dicen, juzga con el entendimiento y no con el corazón. Su ministerio no da entrada a las pasiones, y éstas son precisamente las que se mueven y excitan por los ardidés oratorios. Después que la razón del magistrado está convencida, nada debe escuchar, porque todo lo que se le diga, será insidioso y seductor. La magistratura falla por principios, y no por sentimientos, ni por instintos. La lástima, la piedad, la conmiseración, serán impulsos muy nobles y recomendables en el hombre que no tiene este carácter público, ni severos deberes que cumplir; pero en el juez serán una falta, y hasta un delito, porque le apartarán del camino estrecho de la justicia para entregarlo a todas las direcciones y cambios de unas emociones tan variables como transitorias. Que la razón oiga, compare, decida; pero que la pasión permanezca en calma. El juez es el órgano de la ley, y ésta no tiene pasión. No ama, no odia, no compadece ni se venga: que el magistrado como imagen suya no dé oídos a lo que ella rechaza, ni reconozca un yugo que su impassibilidad manda romper. El oráculo de la justicia entra en el tribunal, seguido y acompañado sólo de su conciencia que es su conjuez, su antorcha, su guía, su deidad inspiradora; y habiendo dejado a la puerta todos los afectos del hombre, porque el hombre no penetra en aquel sagrado recinto. La parte, pues, patética o de afectos, debe desterrarse de las defensas judiciales.

Pero esto es querer negar la sensibilidad a los jueces, o pretender al menos que sus elevadas y consoladoras emociones se subyuguen y dominen por la voz de un deber duro é impracticable. Por más que se declame afectando esa filosofía fiera, y superior a la naturaleza humana, no podrá separarse nunca el corazón de la cabeza; porque entre uno y otra existirían siempre corrientes de comunicación que los mantendrán en un dulce y recíproco comercio. ¿Dejará nunca el magistrado de ser hombre? ¿Podrá dejar, como tal, de amar é interesarse por la virtud, de aborrecer y decretar el castigo del vicio? ¿Obrará al ceder a estos impulsos, sólo como el eco o el instrumento de vida de una palabra muerta, escrita en los códigos, o su corazón tomará al mismo tiempo parte en lo que su cabeza le presenta como justo? Esa impasibilidad es un sueño, y nos atreveremos a decir, que es un bien para la humanidad que lo sea. La razón no puede ser esclava, y la sensibilidad muchas veces la dirige, la ilustra y la consuela. ¿Se prohibirá al defensor del infeliz que ha sido víctima de una calumnia, que ha bajado a los calabozos entre la miseria y el desprecio, que ha visto oscurecido y manchado su nombre ínterin celebraban su desgracia sus despiadados perseguidores, pintar todas estas maldades con el vivo colorido que les presta la virtud indignada, el día en que pueda hacer oír su voz después de tantos padecimientos atroces y de tan doloroso silencio? ¿Se querrá en esta hora, largamente deseada, atar la lengua al abogado que presenta a su cliente, permitiéndole sólo ocuparse de una demostración árida y fría, sin invocar un recuerdo, sin exhalar una queja, sin que se le tolere que su pasión que se desborda, pinte y hable a la pasión de los demás? ¿Se pretenderá que el juez, como si no fuera hombre, como si otro día no pudiera ser juguete de iguales o parecidas combinaciones, como si no amenazasen también a sus hijos, a sus amigos, y a cuanto quiere y respeta en la tierra, oiga la relación de tantas miserias y de tantos crímenes con helada indiferencia, no afectando en nada su corazón el infortunio de sus semejantes? Éste es un delirio que no puede medir la razón, y que apenas alcanza a comprenderlo.

La falta de ley, la oscuridad de ésta, la oscuridad también del caso en su índole o en sus circunstancias, reclamen muchas veces del juez cierta intervención discrecional, y en esta parte la equidad regula, y el corazón es el mejor consejero. El patético por lo tanto en las defensas judiciales, es no solamente útil, sino también necesario.

Al ponerlo en acción, el principal cuidado del orador debe ser que no se conozca su designio. Si en todas las partes del discurso debe haber mucha naturalidad, en ésta es doblemente precisa; porque siempre los hombres se previenen y alarman contra las palabras de los demás, cuando conocen que son interesadas y producidas con un designio calculado de antemano. Para

disfrazar la intención de mover y arrebatarse, que indudablemente lleva el abogado al usar del patético, conviene que éste vaya precedido del raciocinio, y aun envuelto en él, para que la razón lo defienda, lo autorice, y le preste todo su peso. Cuando no hay razón en el fondo, la parte de afectos no pasa de ser un entretenimiento más o menos agradable, una música más o menos sentida; porque deja en el alma, con el vacío, una débil y efímera impresión. El patético es la coronación del edificio, que pide base y consistencia en el cuerpo de la obra. El sentimiento sin punto de aplomo y solidez, es el humo que no puede precipitarse sobre tierra, sino que se dispersa y disipa arrastrando por el viento. Por esto decía Cicerón: “hablemos como si sólo aspirásemos a instruir y probar, y que los elementos del agrado y de la persuasión, se esparzan por el discurso, como la sangre corre por las venas atravesando todo el cuerpo humano”.

El Sr. Sainz Andino ha dicho en su recomendable obra sobre la elocuencia del foro: “Tres son los grandes resortes de la elocuencia; la demostración, el deleite y la emoción. Las fuentes, pues, a que el orador debe recurrir, son la ciencia, la imaginación y el sentimiento. La primera le proveerá de armas fuertes y vigorosas con que sostener la lucha: la segunda, de flores con que amenizará sus razonamientos, y los hará gratos a sus oyentes; y la tercera, en fin, pondrá a su disposición los afectos del corazón humano, para que le sirvan de otras tantas palancas con que pueda inclinar, atraer y mover la voluntad hacia el punto más conveniente a sus fines”. Ya nos hemos ocupado de las dos primeras de estas fuentes; estamos en la tercera, y para conocerla bien, se necesita determinar el principio fundamental y el mecanismo de nuestras emociones. La materia es importante, y debe tratarse con algún detenimiento.

¿Queremos conmover a los demás? Lo primero que hay que averiguar es cómo se les conmueve, o lo que es lo mismo, cuáles son los resortes que deben tocarse, y la manera en que debe hacerse para producir esta conmoción.

Los dos grandes móviles del corazón humano, son el placer y el dolor. Adquirir aquel y evitar éste, es siempre en el hombre el fin y objeto de todos los actos de su vida. La diversidad de gusto, inclinaciones, de predilecciones y odios, se explican por este secreto; y por él también las alianzas que se contraen, y hasta las simpatías que muchas veces le sirven de base.

Se cree que la sensibilidad es en todos la causa eficiente de la benevolencia, y la que hace que nos compadezcamos a la vista o con la relación de un suceso lamentable, que lloremos por las desgracias de los demás, y que concibamos un sentimiento de repugnancia por lo que es en sí malo y temible. Pero si se profundiza más, acaso comprendemos que el hombre lo hace todo

originariamente con relación a sí mismo, y que los rasgos más pronunciados y decisivos de su interés por sus semejantes, tal vez no son más que la traducción y la aplicación del interés individual, que se transforma sin desvirtuarse. Siempre seguimos la huella y el norte del placer; y aun cuando parezca que buscamos el de los otros, no es en realidad sino el nuestro el que principalmente procuramos con afán y con incesantes conatos. Se ve aquí un hombre que ha hecho de la amistad su ídolo, que no sabe separarse del amigo con quien comparte sus intereses, sus pensamientos y sus secretos; que a todas horas le acompaña y procura adivinar sus deseos para anticiparse a satisfacerlos. ¿Por qué esta anhelación y estos cuidados? Porque encuentra en ello su placer y su satisfacción; porque no podría vivir tranquilo ni contento, separado de aquella persona; porque la inclinación favorecida por el trato y fortificada por la costumbre, ha hecho de su compañía un elemento de ventura, y hasta una necesidad de la vida.

Véase, por más que sea amargo decirlo, el egoísmo aunque útil y provechoso, bajo las apariencias de la amistad y de la benevolencia.

Hay allí un amante que delira por la mujer a quien ama; que le consagra todas las horas de su existencia, que no tiene otro instinto, otra idea, ni otro pensamiento que este amor; que lucha con las dificultades, que sufre todo género de disgustos, que cuenta con sus horas por las penalidades y sinsabores: ¿es acaso por ella por quien hace el sacrificio? No: es porque encuentra un placer inexplicable en esta vida de ansiedad y de tormento; es porque el corazón, más poderoso que la razón, se subleva contra ella y la subyuga; es porque la separación y alejamiento le colocarían en una vida más amarga y más insoportable: es, en una palabra porque sumando y restando, que es a lo que se reducen casi todas las situaciones y nuestra resolución en ellas, se encuentra todavía un bien, o al menos un dolor menor en esta lenta y dolorosa agonía. Por nosotros y no por los demás, nos sometemos a esta situación de prueba y de martirio.

Cuando el corazón es bueno, cuando sus aspiraciones y sus arranques son nobles y generosos, de este *yo*, punto generador de las acciones, resulta un bien para la humanidad, porque el movimiento es de expansión, va del centro a la circunferencia, y el hombre procura para satisfacer sus tendencias bienhechoras, derramar en los demás su afecto y sus beneficios; pero cuando el corazón es perverso o está petrificado, el *yo* que domina en todo, produce un daño positivo a cuantos con él se ponen en contacto, porque el movimiento es de contracción, va de la circunferencia al centro, y sólo se mira a los hombres, como elemento de que el egoísmo de mal género se sirve en sus cálculos fríos o feroces. La bondad, pues, o la perversidad del corazón, debida a la índole de cada uno, a su educación o a sus hábitos, es

la que determina la marcha de cada individualidad, y la que le hace seguir una ú otra dirección en el camino de la vida.

Si el secreto, pues, en estos fenómenos de nuestra existencia, está radicalmente en el *yo*, a pesar de las transformaciones que puede admitir en sus varios rumbos y afectos, por el *yo* deberemos atacar al corazón, cuando queramos dominarlo y atraerlo a nuestros fines como impelido por un poder magnético.

El corazón se mueve siempre por comparaciones actuales, o por impulsos debidos en su origen a comparaciones antiguas. Comparecemos a los desgraciados, porque nosotros lo hemos sido o podemos serlo en lo sucesivo, y querríamos que en este caso se nos compadeciera. Ese lazo simpático que une á la humanidad, se explica principalmente por este sentimiento; y en tal observación se funda el dicho antiguo de "*homo sum nihil humanum à me alienum puto*".

La justicia es generalmente apetecida y acatada, porque se le mira como la divinidad protectora que vela en torno nuestro por nuestra seguridad; y la benevolencia, esta disposición de adhesión é interés por los demás hombres, produce en nosotros una impresión grata é intensa, porque nos representa el bien que hoy se hace á unos, que mañana se dispensará á otros, y que tal vez un día pudiera recaer en nosotros mismos. Siempre nuestras ideas van acompañadas del presentimiento de este comercio; el bien y el mal se miran como comunicables, y esta mancomunidad de posibilidad, al menos, prepara y dirige nuestros juicios y nuestros corazones.

Pues bien: hablemos con calor a favor de la justicia, y de todo lo que defiende, protege y consuela á la humanidad, y estemos seguros de que nuestras palabras encontrarán eco en cuantos nos escuchen. Exceptuamos á los malvados, que no pueden querer la justicia que les amenaza, ni la felicidad de los otros de que son enemigos. Fuera de éstos, el sentimiento de lo justo y de la benevolencia está grabado por la mano de Dios, por medio de este encadenamiento, en la conciencia humana, y responde á nuestra voz siempre que se le invoca. Tales son los misterios del corazón y de su sensibilidad.

Esta última, que es tal vez el mayor enigma de la naturaleza, y cuyos resultados podemos apreciar sin conocer jamás la índole de su causa, ni su mecanismo; que es propiamente la vida; que acaso es algo más que la vida, porque según la opinión de algunos, y las observaciones, pueden durar instantes después que la llama vital se ha apagado y extinguido, es el origen de las emociones, y á ella deben dirigirse en la parte de afectos, todos los esfuerzos del orador.

La sensibilidad es, por lo común, mayor en la mujer que en el hombre, por que su organización es más propia, más fina y adecuada, y según el célebre Cabanis, los fenómenos físicos y los morales, se confunden en su raíz, y caminan siempre en íntima relación.

Los jóvenes son también generalmente más sensibles que los viejos. La juventud, esa edad rica de esperanzas y de inocencia; en que todavía no se conoce al mundo como es; en que se ve por un prisma encantado; en que las impresiones penetran hasta el corazón, y allí se graban con caracteres de fuego; en que nos afecta todo, por todo se llora, y se encuentra al llorar, un placer que participa a la vez, de la pena y del consuelo; esa edad ciega, confiada, crédula, inexperta, es la más a propósito para sentir emociones vivas y profundas. El corazón del hombre se parecerá a la corteza del árbol. Delgada, tersa y tierna al principio, recibe todas las inscripciones y todas las figuras que la mano de un niño intente en ella grabar; el tiempo la arruga y la endurece después, y apenas puede abrirle señal el primer golpe del hacha. Tal vez hay otra causa todavía más triste. El hombre, a cierta edad necesita toda su sensibilidad para sí, porque ve huir la vida y los placeres, y puede dar menos a los otros. De cualquier modo, en la juventud todos somos sensibles; el mundo, la edad y la experiencia, petrifican los corazones. Ellos nos dan cierta dureza con sus lecciones terribles, y ellos son los que nos hacen desgraciados; porque la mayor de todas las desgracias es ciertamente la de no poder llorar. El corazón es una planta, y sin este rocío bienhechor, se seca y parece.

¡Mas qué amarga alternativa! ¿Hay un corazón sensible? Compadezcámoslo, porque las penas lo quebrantarán, y sufrirá hasta en sus idealidades y en sus quimeras. ¿Existe otro corazón duro é insensible? Compadezcámoslo también, porque asistirá a la escena del mundo, como las figuras pintadas de los bastidores, sin aplaudir ni silbar, sin llorar y sin estremecerse, sin sentir jamás una emoción dulce y consoladora. De esta dureza de alma, a no tenerla, hay poca diferencia; de este temple de vida, a la muerte, apenas hay distancia alguna.

Si, pues, la sensibilidad es el fundamento y manantial de la elocuencia patética, inútil será que el orador pretenda desarrollarla, si él no siente, ni se ve en aquel instante conmovido. En el raciocinio podemos encontrar ideas y argumentos, buscándolos con perseverancia por los caminos de la indagación y de las inducciones; pero los movimientos del corazón son espontáneos, y no se llaman, sino que ellos se presentan. Sin sensibilidad, no puede haber verdadero orador. El que falto de esta cualidad, a la vez feliz y funesta, quiera mezclarse en las luchas de la palabra, podrá convencer con sus razones, podrá tal vez deleitar con sus figuras y giros, pero no

alcanzará nunca a inflamar a sus oyentes, a conmoverlos con su voz, a estremecer su alma con las sorprendentes emociones de la agitación y del entusiasmo.

¿Y qué reglas deberán seguirse para producir una excitación viva, intensa y permanente? Los autores han escrito mucho sobre esta materia, y nosotros ceñiremos sus observaciones a lo más interesante y preciso.

Es una verdad, que el alma permanece en su habitual estado de indiferencia y calma, mientras una excitación enérgica y poderosa no la sacude y saca de aquella tranquila apatía. Pero no basta hacer llamada a los afectos; es indispensable que se haga con oportunidad, y en la forma más a propósito, y para ello deben servir los preceptos que la oratoria ha establecido, fundada en la observación. La primera regla es, que se intente sólo producir la emoción sobre asunto de que ella sea susceptible. La naturaleza, en esta parte, no puede ser nunca forzada. Inútil será que se procure causar un sentimiento serio y profundo, si la materia es de índole muy diversa, o si por su pequeñez é insignificancia, ni inspira interés, ni se presta a las grandes formas. Entonces los esfuerzos del orador serán, no sólo infructuosos, sino hasta ridículos. Que no se olvide esta importante advertencia. En otra parte dijimos que en el orador, a diferencia del poeta, cabe la medianía, y que en su carrera puede quedar sin rubor, a cierta distancia del término. Pero las verdades no son absolutas, y siempre tienen su lado excepcional. En el periodo patético de un discurso, no cabe medianía alguna en los resultados. O se produce la emoción, y el orador consigue su objeto, o escolla en sus conatos, y pasa por la vergüenza del ridículo. Esta observación debe tenerse muy presente, para no poner en juego la parte de afectos donde no tenga natural y obvia cabida. No hay nada tan risible, como querer dar proporciones y estatura de gigante, a lo que sólo las tiene de pigmeo.

También han dicho los autores, que la emoción ha de tener un principio cierto, probado y grave. Sin esto, todo el trabajo pesará sobre el vacío, y no podrá causarse emoción, porque la razón no está convencida, o la materia no tendrá aquella solemnidad que sirve de base y de excitación a los grandes afectos. Éstos no recaen nunca, ni sobre cosas fútiles, ni sobre cosas improbadas é inverosímiles. La convicción, la fijeza y el interés, son siempre el origen y el pábulo de estos giros elevados, y de estas conmociones vivas y penetrantes.

Otra regla es, que se use el patético siempre con naturalidad, y nunca con exageración. Cuando el sentimiento se fuerza, descubre su marca de arrastrado y violento, la lleva consigo, y la imprime en los que escuchan. La afectación no da otro resultado, que el de la risa, y afectación es todo lo

que no es sencillo y natural. Pero aunque lo sea el sentimiento, puede exagerarse; y cuando así sucede, deja de serlo en todo lo que excede a las debidas y justas proporciones. Entonces se requiere agrandar la figura, sin regla ni medida, y sólo se producen monstruos.

Sobre todo, cuídese en la pasión de no prodigar adornos, porque es como las mujeres, cuya hermosura arrastra por sí sola, que pierde cuando se la envuelve en pesados y contusos atavíos. La pasión ha de herir con la rapidez de la flecha, y ésta no caminaría tan veloz ni tan suelta, si se la embutiera en otros objetos, aunque fueran graciosos y brillantes, con el designio de darle belleza a la vista. Todo adorno en una palabra de fuego, entibia éste en el orador y en el corazón de su auditorio.

La pasión no tiene, ciertamente, en el discurso, un lugar señalado y exclusivo, fuera del cual deba suponerse extravagantemente colocado. Debe usarse en todos los parajes en que cuadre bien, y sea reclamada con interés y naturalidad; pero la peroración es su lugar de preferencia; en ella debe ostentarse en todo su poder, aparecer con toda su fuerza, y reunir como en un foco, las más grandes imágenes y los más vehementes afectos.

Mas cuídese mucho de no insistir demasiado en el patético. La excitación que produce es violenta, y todo lo que es violento, se sostiene por poco tiempo; porque sólo las situaciones tranquilas y normales, son permanentes. Sobre esto debe decirse en proporcionada escala, lo que antes dijimos del sublime. El corazón sufre y goza a la vez, en sus apasionados arranques, y ni el sufrimiento ni el placer se pueden prolongar, sin que se debiliten. Cuando se insiste demasiado en la pasión, se cae bien pronto en el cansancio. El corazón se embota y adormece, y echa fuera de sí todo lo que no puede ya contener. Nada hay inmenso en el mundo. Las cosas tienen su medida, su cabida dada, y en llenándose ésta, todo lo demás rebosa y se pierde. El orador necesita acaso más, saber cuándo ha de callar, y lo que ha de callar, que lo que ha de decir y cómo lo ha de decir. Si un momento menos puede dejar incompleto un discurso, un momento más puede desvirtuarlo y destruir todo su efecto. No insistir, pues, con pesadez en el patético; su incomprensión es casi siempre fugaz, y por eso se ha dicho sin duda, que nada se seca tan pronto como las lágrimas.

El orador, cuando se propone hacer sentir a los demás, es necesario, no sólo que él sienta, sino también que presente en su exterior muestras de su sentimiento. Aunque se nos digan las cosas más tristes y lamentables, si se nos dirigen con un semblante alegre o sereno, con acento sosegado, y con ademanes sin viveza y sin expresión, lo oiremos sin afectarnos, porque la impresión de la palabra se borra o debilita por la acción. Éstas son dos aliadas que alcanzan una fuerza inmensa cuando pelean unidas, pero que

recíprocamente se destruyen cuando se baten separadas sin correspondencia ni armonía. En esta observación está fundado el —“*si vis me flere, dolendum est primum ipse tibi*”.

Hasta tal punto llevaban los antiguos la observancia de esta regla, que Cicerón quería que el abogado llorase en determinados casos. No condenaremos nosotros absolutamente este consejo; pero sí diremos que no debe usarse, sino cuando el orador no lo pueda evitar, que será la prueba más segura de que es natural el llanto, y que se logrará con el excitar la simpatía. El abogado no es el actor, que en la escena puede y debe realzar los afectos, porque se coloca en un lugar de los héroes o personas a quienes representa. Necesita en todo, mucho tino, mucho pulso, y suma circunspección. Que no llore nunca por cálculo, como medio previsto y ensayado, porque se traslucirá su ficción, y enfriará en vez de conmover; pero que derrame lágrimas cuando se agolpan a sus ojos por un movimiento espontáneo é irresistible, en la conmoción que le produzca el cuadro que está trazando, y entonces que esté seguro de que no permanecerán enjutos los ojos de sus oyentes. No hay nada tan contagioso como las lágrimas, cuando se conoce que salen de las profundidades del corazón y de sus senos misteriosos.

En el patético debe cuidarse mucho de que la locución sea grata al oído. Para esto se necesita, no sólo que la dicción sea escogida, sino que se combinen de la manera más proporcionada, las frases, las palabras y hasta las letras. Esto es lo que se llama número oratorio, y produce siempre un efecto maravilloso. Mas esta perfección debe ser la conquista de anteriores trabajos y del hábito que por ellos se alcanza, y no el resultado de la atención y fatigas del momento. Si se traslucen éstas, todo el efecto desaparece. No importa que alguna vez se incurra en el desorden de las ideas. El método y correcta formación de éstas, es el mérito de la parte de prueba, en que no habiéndose excitado todavía la pasión, y hablándose con calma y serenidad, no es disimulable la inversión del orden más conforme y riguroso. La peroración, por el contrario, es el desbordamiento del calor oratorio, y éste arroja lejos de sí el compás para servirse sólo de sus alas.

Diremos para concluir por ahora esta lección, que todo, en una defensa, se reduce principalmente a argumentos de razón, y a excitación de afectos. Los primeros se dirigen al entendimiento, y tienen su lugar en la parte de prueba; la segunda se encamina al sentimiento, y tiene su sitio en la peroración. Que procure con esmero el abogado, llenar cumplidamente ambas partes, y podrá entregarse a la consoladora confianza de conseguir su fin, y a la dulce convicción de haber cumplido con su deber. Lo demás no depende de nosotros, ni pesa sobre nuestras conciencias.